

CAPITULO II.

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA TEOLOGÍA CATÓLICA.

Esa nueva teología se llama el Catolicismo. El Catolicismo es un sistema de civilización completo; tan completo, que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre. El incrédulo cae en éxtasis á vista de su inconcebible extravagancia, y el creyente á vista de tan extraña grandeza. Si hay alguno por ventura que, al mirarle, pasa de largo y se sonríe, las gentes, más asombradas aun de tan estúpida indiferencia que de aquella grandeza colosal y de aquella extravagancia inconcebible, alzan la voz y exclaman: Dejemos pasar al insensato.

La humanidad entera ha cursado por espacio de diez y nueve siglos en las escuelas de sus teólogos y de sus doctores; y al cabo de tanto aprender, y al cabo de tanto cursar, hoy día es, y aun no ha llegado con su sonda al abismo de su ciencia. Allí aprende cómo y cuándo han de acabar, y cuándo y cómo han tenido principio las cosas y los tiempos; allí se le descubren secretos maravillosos que estuvieron siempre escondidos á las especulaciones de los filósofos gen-

tiles y al entendimiento de sus sabios; allí se le revelan las causas finales de todas las cosas, el concertado movimiento de las cosas humanas, la naturaleza de los cuerpos y las esencias de los espíritus, los caminos por donde andan los hombres, el término adonde van, el punto de donde vienen, el misterio de su peregrinación y el derrotero de su viaje, el enigma de sus lágrimas, el secreto de la vida y el arcano de la muerte. Los niños amamantados á sus fecundísimos pechos saben hoy más que Aristóteles y Platón, luminares de Atenas. Y sin embargo, los doctores que tales cosas enseñan, y que á tales alturas alcanzan, son humildes. Solo al mundo católico le ha sido dado ofrecer un espectáculo en la tierra, reservado antes á los ángeles del cielo: el espectáculo de la ciencia derribada por la humildad ante el acatamiento divino.

Llámase esta teología *católica*, porque es universal; y lo es en todos los sentidos y bajo todos los aspectos: es universal, porque abarca todas las verdades; lo es, porque abarca todo lo que todas las verdades contienen; lo es, porque por su naturaleza está destinada á dilatarse por todos los espacios, y á prolongarse por todos los tiempos; lo es en su Dios, y lo es en sus dogmas.

Dios era *unidad* en la India, *dualismo* en la Persia, *variedad* en Grecia, *muchedumbre* en Roma. El Dios vivo es *uno* en su sustancia, como el indio; *múltiple* en su persona, á la manera del pérsico; á la manera de los dioses griegos, es *vario* en sus atributos; y por la multitud de los espíritus (dioses) (1) que le sirven, es *muchedumbre* (2), á la manera de

(1) Así efectivamente se apellida más de una vez en nuestros libros sagrados á las criaturas, como por ejemplo en este pasaje: *Ego dixi: Dni estis, et filii Excel-si omnes* (Ps. LXXXI, 6;—Joan. X, 34).

(2) Como sustancias inmateriales que son los ángeles, su *muchedumbre* excede en efecto á la de todas las cosas materiales, según así nos lo enseña San Dionisio (*Coel., Hier., XIII*) en el pasaje siguiente: «Las bienaventuradas falanges de es-

los dioses romanos. Es causa universal, sustancia infinita é impalpable, eterno reposo, y autor de todo movimiento; es inteligencia suprema, voluntad soberana; es continente, no contenido. El es el que lo sacó todo de la nada, y el que mantiene cada cosa en su sér; el que gobierna las cosas angélicas, las cosas humanas y las cosas infernales. Es misericordiosísimo, justísimo, amorosísimo, fortísimo, potentísimo, simplicísimo, secretísimo, hermosísimo, sapientísimo. El oriente conoce su voz, el occidente le obedece, el mediodía le reverencia, el setentrion le acata. Su palabra hinche la creación, los astros velan su faz, los serafines reflejan su luz en sus alas encendidas, los cielos le sirven de trono, y la redondez de la tierra está colgada de su mano. Cuando los tiempos fueron cumplidos, el Dios católico mostró su faz; esto bastó para que todos los ídolos fabricados por los hombres cayeran derribados por el suelo. No podía ser de otra manera, si se atiende á que las teologías humanas no eran sino fragmentos mutilados de la teología católica, y á que los dioses de las naciones no eran otra cosa sino la deificación de alguna de las propiedades esenciales del Dios verdadero, del Dios bíblico (1).

«Espíritus celestes son harto más numerosas de cuanto en su pobre y estrecha cabida pueden comprender nuestros números materiales.» (S. Thom. *Summ. theol.* q. VI, 3).

(1) Todo este párrafo es el primer pasaje sobre quien descarga su atrabiliaria crítica el Sr. Gaduel. «En verdad, dice, no se sabe qué pensar de tan raros y extravagantes símiles, ni si es posible acumular en menos palabras mayor número de despropósitos. Y no se diga que de ningún modo están en la mente del autor errores tan groseros; pues esta sería de todos modos floja disculpa, dado que evidentemente se hallan en su manera de expresarse. Vivimos en un siglo de tal frivolidad, que no parece sino que impunemente se le puede endosar todo lo que se quiera; pero yo, por mi parte, no creeré nunca indiferente, ni aun en este siglo, el expresarse con tanta inexactitud cuando se habla de Dios y se escribe para el público.

«No, el Dios vivo no es uno en su sustancia, como el indio; porque nada hay

El Catolicismo se apoderó del hombre en su cuerpo, en sus sentidos y en su alma. Los teólogos dogmáticos le enseñaron lo que había de creer, los morales lo que había de obrar, y los místicos, remontándose sobre todos, le enseñaron á levantarse á lo alto en alas de la oracion, esa escala de Jacob de piedras brillantadas, por donde baja Dios hasta la tierra y sube el hombre hasta el cielo, hasta confundirse cielo y tierra, Dios y hombre, abrasados todos juntamente en el incendio de un amor infinito.

»menos semejante á la unidad del verdadero Dios que la unidad panteística. No, el Dios vivo no es *vario en sus atributos*, á la manera de los dioses griegos; pues en los dioses griegos había una diversidad real y verdadera, mientras que los atributos del verdadero Dios no son diversos sino con una diversidad virtual, relativa á sus defectos y á nuestra manera de concebirlos, pero no con una diversidad sustancial, siendo como es un principio en teología que los atributos divinos son todos idénticos á la esencia, é idénticos entre sí.—«Cuando al hablar de Dios, dice San Fulgencio (*Resp. ad Ferrand, interrog. 2*), nombramos la divinidad, la grandeza, la bondad, el poder, no debemos ciertamente entender bajo estos nombres divinos cosas diversas, sino una sola y misma cosa, á saber, la esencia y la naturaleza divina.»—No, el Dios vivo no es *muchedumbre*, á la manera de los dioses romanos, por la multitud de los espíritus (dioses) que le sirven; pues, por ventura, los ángeles santos que sirven al verdadero Dios ¿tienen algo comun á la muchedumbre de los dioses romanos, ni hay razon alguna que pueda autorizar á un católico para llamar *muchedumbre* al Dios verdadero?—No, el Dios vivo no es sustancia *indefinida*, sino *infinita*. ¿Cree por ventura el Sr. Donoso que lo infinito y lo indefinido son una misma cosa? Semejantes extravagancias de expresion no pueden servir más que para confundir el lenguaje, cuando no lleguen á confundir aún las ideas.»

Por lo tocante al penúltimo párrafo preinserto, el señor Gaduel podía haberse enterado de que el texto español dice *sustancia infinita* y no *indefinida*, como por error de imprenta decia la primera edicion francesa, y segun lo corrigió con recto criterio y buena fé la traduccion italiana publicada en Foligno; pero entonces el crítico francés no habria podido pedantear atribuyendo á Donoso el dislate mazorral de confundir las nociones de *infinito* y de *indefinido*.

En todo lo demás, sus censuras se apoyan en una miserable tergiversacion del sentido genuino de las locuciones comparativas *como* y *á la manera de*. Segun este extraño modo de interpretar que gasta el señor Gaduel, cuando quiera

Por el Catolicismo entró el orden en el hombre, y por el hombre en las sociedades humanas. El mundo moral encontró en el dia de la Redencion las leyes que habia perdido en el dia de la prevaricacion y del pecado. El dogma católico fué el criterio de las ciencias, la moral católica el criterio de las acciones, y la caridad el criterio de los afectos. La conciencia humana, salida de su estado caótico, vió claro en las tinieblas interiores, como en las tinieblas exteriores, y conoció la bienaventuranza de la paz perdida, á la luz de esos tres divinos criterios.

El orden pasó del mundo religioso al mundo moral, y del mundo moral al mundo político. El Dios católico, criador y sustentador de todas las cosas, las sujetó al gobierno de su providencia, y las gobernó por sus vicarios. S. Pablo dice, en su *Epístola á los romanos*, cap. 13: *Non est potestas nisi á Deo*; y Salomon, en los *Proverbios*, cap. 8, vers. 15: *Per*

que se diga, por ejemplo, que el hombre es *espíritu como el ángel* y *cuerpo como el bruto*, equivale á decir que el hombre es, por una parte *espíritu puro*, y por otra *mero animal*. Con este modo de entender las palabras, ha podido el crítico explayar su vena suponiendo que para el señor Donoso el Dios verdadero es *idéntico* al *Dios-todo* de los indios, y á los *dioses múltiples* de los griegos y los romanos. Pero el señor Donoso ni pensó, ni dijo semejante enormidad, sino que dijo precisamente lo contrario, al afirmar la *unidad* de la esencia divina, con lo cual excluye la *pluritud* de dioses, y al mencionar la innumerable *muchedumbre* de espíritus angélicos, realmente distintos, con lo cual excluye la unidad panteística. Por consiguiente los *errores groseros* que la grosería del crítico supone en la mente y en el lenguaje del señor Donoso, no están sino en el antojo del crítico mismo. Y si por algun lado pudo á este parecer oscuro el lenguaje de Donoso en los pasajes incriminados, bastábale cotejarlos con aquel otro, por ejemplo, donde Donoso expone tan claramente su idea diciendo: «Las teologías humanas no eran sino fragmentos mutilados de la teología católica, y los dioses de las naciones no eran otra cosa sino la deificación de alguna de las propiedades esenciales del Dios verdadero.» (Cap. II, final del párrafo quinto.) ¿Es leal, cuando á un escritor se le tacha por cualquier proposicion ambigua, ocultar que en la misma página donde esa proposicion se encuentra, hay otra que la explica con toda claridad y precision?

me Reges regnant, et conditores legum justa decernunt. La autoridad de sus vicarios fué santa, cabalmente por lo que tuvo de ajena, es decir, de divina. La idea de la autoridad es de origen católico. Los antiguos gobernadores de las gentes pusieron su soberanía sobre fundamentos humanos; gobernaron para sí, y gobernaron por la fuerza. Los gobernadores católicos, teniéndose en nada á sí propios, no fueron otra cosa sino ministros de Dios y servidores de los pueblos. Cuando el hombre llegó á ser hijo de Dios, luego al punto dejó de ser esclavo del hombre. Nada hay á un tiempo mismo más respetable, más solemne y más augusto que las palabras que la Iglesia ponía en los oídos de los príncipes cristianos al tiempo de su consagración: «Tomad este baston como el emblema de vuestro sagrado poder, y para que podais fortificar al débil, sostener al que vacila, corregir al vicioso, y llevar al bueno por el camino de la salvación. Tomad el cetro como la regla de la equidad divina que gobierna al bueno y castiga al malo: aprended por aquí á amar la justicia y á aborrecer la iniquidad» (1). Estas palabras guar-

(1) Estas palabras son un resumen de las instrucciones que da el prelado al rey en la ceremonia de la consagración, segun se puede ver leyendo la fórmula que para esta ceremonia designa el Pontifical romano: «*De benedictione et coronatione regis.*» Hé aquí algunos trozos:

«El rey electo se acerca al Metropolitano, y arrodillado delante de él, hace, descubierta la cabeza, esta profesion diciendo:

»Yo N. por la gracia de Dios, futuro rey N., profeso y prometo delante de Dios y al pueblo sometido á mí, que en cuanto pueda y sepa, humildemente contando con la misericordia divina, guardaré y cumpliré la ley, justicia y paz, como mejor pueda hallar en el consejo de mis fieles.»

«El Metropolitano recibe de uno de los ministros la espada que estaba sobre el altar, y desnuda la pone en manos del rey, diciendo:

»Recibe la espada tomada del altar, y por nuestras manos consagradas, aunque indignas, con la autoridad y en nombre de los santos apóstoles, á tí régicamente concedida, y por medio de nuestra bendición, para defender la Iglesia de Dios, divinamente ordenada: acuérdate de que el salmista profetizó

daban una consonancia perfecta con la idea de la autoridad legítima, revelada al mundo por nuestro Señor Jesucristo. *Scitis quia hi, qui videntur principari gentibus, dominantur eis: et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister: et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. Nam et filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis.* (Marc., cap. 10, vers. 42, 43, 44, 45.)

Todos ganaron con esta revolucion dichosa: los pueblos y sus gobernadores; los segundos, porque no habiendo dominado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus juntamente, sustentados por la fuerza del derecho; los primeros, porque

»diciendo: «*Ciñete al lado tu espada, oh rey potentísimo*», para que ejerciendo en ella y con ella la fuerza de la equidad, destruyas la mole de la iniquidad, y á la santa Iglesia de Dios y sus fieles defiendas y protejas; y no ménos execres y combatas á los malos cristianos que á los enemigos de nuestra religion; á las viudas y huérfanos ayudes y defiendas con clemencia; lo desolado restaures, lo restaurado conserves; vengues las injusticias, confirmes lo bien dispuesto; para que esto haciendo, glorioso con el triunfo de las virtudes, y observador egregio de la justicia, llegues á reinar eternamente con el Salvador del mundo.»

«El Metropolitano da el cetro al rey que sigue arrodillado, diciéndole:

»Recibe la vara de la justicia y de la verdad, para que entiendas que debes mostrarte benigno y favorecer á los piadosos, aterrar á los réprobos, guiar á los errantes, dar la mano á los caidos, humillar á los soberbios, ensalzar á los humildes, para que te abra la puerta Jesucristo nuestro Señor, que dice de sí mismo: «*Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, se salvará*»; esa es la llave de David y el cetro de la casa de Israel, que abre y nadie cierra, que cierra y nadie abre. Y sea tu guía el que saca de la cárcel al cautivo sentado en las tinieblas y en sombras de muerte, y en todo merezcas seguir á Aquel de quien el profeta David canta: «*El trono tuyo, oh Dios, permanece por los siglos de los siglos; el cetro de tu reino es cetro de rectitud*», é imitándole ames la justicia y aborrezcas la iniquidad.»